

fueron simplemente negadas u obviadas como algo molesto y perturbador. Por otra parte, en los aspectos socioeconómicos el círculo de interpretaciones no era menos complejo y contradictorio. Considerado como mera reacción capitalista, no podía explicarse la presencia en sus filas de la pequeña burguesía e incluso de sectores del proletariado. En ese, como en otros aspectos, las críticas de Gregor son convincentes. Lo son igualmente sus tesis sobre el Fascismo como «dictadura del desarrollo». El régimen mussoliniano no fue un fenómeno económicamente reaccionario, sino que favoreció la modernización y el crecimiento económico. Muy interesantes son las críticas de los fascistas al stalinismo, lo que demuestra que, como señaló otro historiador del fascismo, Ernst Nolte, los enemigos autoritarios del comunismo soviético no estuvieron absolutamente privados de racionalidad y que sus críticas estaban muy lejos del «irracionalismo» que tópicamente se les ha atribuido.

La última de las tesis de Gregor podía apellidarse, en cierto sentido, como la «venganza del Fascismo», semejanza a la «venganza de Dios» o de las religiones, de que habla Gilles Keppel. Paradójicamente para algunos, es en la Rusia postsoviética, donde el fascismo tiene hoy un mayor porvenir político e intelectual; y no en Europa, donde los Le Pen, Haider, etc, no sólo no pueden ser conceptualizados como fascistas militantes, salvo por los periodistas indoctos, sino que nunca llegarán al poder para transformar el sistema político demoliberal, dado el vigor de sus tradiciones y el recuerdo de los avatares de la Segunda Guerra Mundial. Es en Rusia, con su inacabable crisis social y económica, con una sociedad civil infradesarrollada y la ausencia de la tradición ilustrada y liberal, donde es de esperar el desarrollo de un movimiento fascista de envergadura.

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS

Michel Poizat,
Vox populi, vox Dei. Voix et pouvoir,
París, Métaillé, 2001, 321 págs., índice de nombres.

«Je ne dis même pas la politique, c'est l'inconscient, mais tout simplement l'inconscient, c'est la politique». La lectura del título desde esta cita de Lacan, presente en el Epílogo del libro de Poizat, introduce bastante

bien el objeto que el autor se plantea resolver y los medios a través de los que se vale para intentarlo. Se trata de un trabajo que busca analizar las funciones de la voz dentro de la formación de la autoridad. Un trabajo que

se aproxima a un tema tan complejo desde el presupuesto que estas funciones hay que entenderlas en los estadios conscientes y preconscientes del funcionamiento individual. Libro de psicología política, en una perspectiva eminentemente psicoanalítica, el razonamiento desarrollado resulta interesante en tanto que está construido desde la movilización de ejemplos históricos de la relación-tensión entre verbo y voz; ejemplos que no se limitan al campo de la política, sino que se mezclan con la música (singularmente la ópera). Este trabajo forma parte de una serie de estudios del autor sobre la voz que sustentan su redacción (*L'opera ou le cri de l'ange*, 1986; *La Voix du diable*, 1991; *La Voix sourde*, 1996, y *Variations sur la voix*, 1998).

El postulado inicial, comprender la frase recurrente en Europa Occidental *Vox populi, Vox Dei*, sirve para introducir el problema de la sacralización vehicular de la voz colectiva como expresión de autoridad, un elemento presente de diversas formas en la cultura occidental. Pues bien, el estudio particular del carácter histórico de esta formulación se deja apartado para la cuarta parte del libro, dedicando las tres iniciales a una reflexión sobre los componentes políticos y subconscientes de la propia voz; postulados desde los que se construye la base analítica que permite desarrollar esa comprensión final. Los ejemplos que se utilizan a lo largo del texto

pueden parecer un tanto arbitrarios y son significativas algunas ausencias. Por otra parte, el autor se apoya esencialmente en documentación de segunda mano (notablemente los trabajos de Giorgio Agamben, Nicole Loraux, Elías Canetti, Ron Rosenbaum, Alain Bourreau, Ph.-J. Salazar, Catherine Maire y los suyos propios) por lo que salvo en temas particulares, se trata más de una bien construida reflexión, que de una investigación directa.

La primera parte «Voix, identité et lien social» describe a través de tres elementos cómo la voz adquiere un significado político; tres elementos que muestran que dicha operación se produce en los diversos niveles de articulación flexiva y verbal de esa voz. En primer lugar está el grito, pero un grito (que el autor ilustra con el análisis de la irrintzina vasca, el haka maorí y el análisis semántico de un concepto tan corriente como el slogan) que es cualquier cosa menos ahistórico o natural. Los gritos colectivos analizados, como elemento identitario son invenciones recientes que por su propio carácter de instrumentos simbólicos de inclusión-exclusión, de voz social, deben proclamar un origen atemporal. Una forma elaborada de ese grito, el canto colectivo, une ya un verbo estático que supuestamente da un sentido semántico al hecho de hacer algo juntos. Supuestamente, porque la prevención ante la contaminación musical (el debate entre si lo

importante es el texto o la tonalidad sonora) ya estuvo presente en los debates, resueltos por Ambrosio de Milán, sobre la posible ortodoxia del himno en la iglesia cristiana. Tan importante como la letra, lo fundamental del himno religioso y sus vástagos el himno político y el himno nacional (y en el libro de Poizat se hace su genealogía desde los primeros cristianos, pasando por el *God save the King*, a las voces de la nación que fueron *La Marseillaise*, *La Brabançone* o *La Portuguesa*) es el ser un acto colectivo a través del cual, y *de una sola voz*, esa colectividad se define con su texto, pero también con su propia realización. Esta voz identitaria emociona en tanto que une, que da sentido, un sentido sacro, trascendente. Finalmente esta voz sacra se puede depositar en quien habla por el pueblo y quien adquiere una función de juez. Es el tribuno, quien pasa a encarnar a ese pueblo que corrobora sus palabras con otra clara expresión física colectiva: el aplauso. El tribuno, en tanto que voz del pueblo, ve depositada en él la función sacra de éste, dentro y fuera de la comunidad, y pasa a ser, como depositario de la voz, principio de autoridad.

La segunda parte de este trabajo se interroga precisamente por cómo se construye esa autoridad en la relación entre «L'un et l'autre». ¿De dónde viene la autoridad?: en primer lugar de la negación de la política (entendida con Rancière

como división) por la necesidad de la Unión; una Unión que procede de la propia complicidad originaria y que se expresa en las formas gregarias de la disolución de la individualidad en la masa. En su indagación sobre esa autoridad Poizat sigue su razonamiento apoyándose en el mito del padre originario del *Totem y tabú* de Freud (y el consiguiente desarrollo de una función gregaria nacida del amor, la identificación, la orfandad y el poder) pero apoyándolo en la visión de Lacan sobre la sumisión primordial de la voz del niño a la interpretación materna, la entrada del infante en el mundo de unas interpretaciones conceptuales que no le son naturales sino impuestas. De esta forma, en el subconciente, e incluso en el preconscious, habría una forma de aceptación autoritaria, un principio que los mecanismos descritos por Freud y sus discípulos encauzarían al reconocimiento irreflexivo (o prerreflexivo) de unas formas de autoridad a las que se reconoce un componente sacro. La parte tercera, «Vox populi, vox diaboli», muestra las consecuencias perversas de la identificación del tribuno; y lo hace a través de un caso paradigmático como es el de Adolf Hitler; se trata de unas páginas probatorias de las partes primera y segunda, en la que, además de la descripción del uso de la voz por el dictador alemán, se realizan interesantes aproximaciones desde amplios ángulos: desde la película de Chaplin a la

movilización por el régimen nacionalsocialista de la música de Beethoven y Wagner. En un momento dado el autor se distancia de su propia obra para desarrollar una larga digresión sobre la significación del antisemitismo de Wagner en una clara oposición a las posiciones de Adorno; si bien es interesante, estas apreciaciones se apartan del discurso unitario del volumen.

La coincidencia del título de libro con el de la parte final refuerza el carácter introductorio del resto del volumen. Esta cuarta parte se dedica a hacer un seguimiento cronológico del uso del adagio *vox populi, vox Dei*. El punto de partida es la formulación cristiana de las concepciones políticas romanas, desde la óptica del bajo Imperio y de la *restauración* carolingia. Esta cristianización del cuerpo político cambiará el *vox populi, vox dei* en *vox populi [Dei], vox Dei*. La plasmación de esta evolución se encontrará tanto en los sistemas de *acclamatio* episcopal, como real. Las formas políticas tardomedievales verán la culminación del proceso de apropiación de esta voz sacra por parte del rey (o de la Iglesia), en tanto que tribuno, quedando la expresión popular en la mera confirmación. Sin embargo, la crítica a la sacralidad de la *vox Regis*, provendrá de la recuperación jansenista de la formulación primitiva, una recuperación que terminará por

transferir la sacralidad del pueblo, en tanto que *populus Dei*, al pueblo, en tanto que *Nación*.

No se trata propiamente de un libro exhaustivo y, de hecho, se echa en falta algunos elementos en la reconstrucción diacrónica: el uso social de las formas electorales en la Edad Moderna, la existencia de tradición del republicanismo urbano, la reflexión teológica sobre la soberanía en el siglo XVI o la transición al liberalismo (aquí una reflexión sobre los trabajos de Pierre Rosanvallon hubiera sido muy deseable). Posiblemente el autor no pretendía ese trabajo pormenorizado. Por otro lado, los planteamientos que presenta sobre el origen de la autoridad, la capacidad flexiva de su razonamiento y haber imbricado desde una óptica psicológica un problema histórico abre muchos interrogantes y campos de reflexión para los historiadores preocupados por el poder, la construcción identitaria o las formas de autoridad. Como la llamada a la interdisciplinariedad debe ser algo más que un alegato retórico, son lecturas críticas de libros de calidad como el de Poizat las que permitirán ampliar las preguntas que se hagan sobre el pasado y en parte, sólo en parte, comenzar a resolverlas.

JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ